

Para Sábato, toda creación literaria es social. Aleja el concepto de literatura social independiente de otras expresiones: «Lo que estos críticos llaman de "novela social" es un modo externo y superficial de la novela. No sabemos qué escritores "sociales" hubo en la época de Tolstoi, porque si los hubo, no tuvieron la suficiente importancia como para que trascendieran y los conozcamos. En cambio, los grandes escritores que no se propusieron describir los fenómenos sociales, además de indagar implacablemente el corazón del hombre ruso de su tiempo, nos dejaron la más admirable pintura de su sociedad.»

Cabe, por tanto, al novelista sintetizar los polos opuestos de nuestra experiencia, unir ideas y pasiones, subjetivismo y objetivismo, darnos, en fin, la realidad a partir del «yo». Al sumergir en el «yo», el escritor debe abandonarlo, pues el «yo» no está en el espacio, sino se desprende del tiempo anímico, que no se mide cronológicamente. En la novela actual, todo surge a partir del sujeto, junto con sus estados de alma y pensamientos. En el intento de «encontrar siempre un orden y un significado a hechos que, quizá, no los tengan», Sábato baja, como Orfeo, a su «yo» profundo y descubre allí un mundo mágico, primitivo y mitológico.

Sobre héroes y tumbas, segunda novela del autor, busca una especie de intrahistoria del hombre solitario, proponiendo el sentido de la existencia, la soledad y la muerte. En vez de la actitud pesimista de Pablo Castel, de *El túnel*, dos personajes importantes, Bruno y Martín, representan la «metafísica de la esperanza». Es una obra técnicamente compleja, con tres distintas líneas narrativas que se conjugan en una estructura musical sinfónica y no contrapuntística.

La preocupación de Sábato con la problemática de la condición humana lo hace escribir novelas que son también ensayos (una constante en los novelistas hispanoamericanos actuales). Un día le preguntaron cómo se definiría: «heterodoxo», contestó. Pero no como actitud escéptica o un cómodo eclecticismo. El lo es con toda la pasión. Y así ha escrito *Sobre héroes y tumbas*, una bella novela, acto sagrado, camino de conocimiento, que lo reconcilia con el arte.

Esta historia de amor, con los elementos melodramáticos que la conforman (la pasión incestuosa de Alejandra, la amenaza de suicidio de Martín, la expiación por el fuego), en manos de otro narrador sería folletinesca. Alejandra es, como la Argentina, una mujer: romántica, irracional, ondulatoria, misteriosa. Es algo más que «uno de esos falsos oasis que alargan la desesperada travesía en un desierto y cuyo desvanecimiento puede impulsar a la muerte». Sábato la transforma en alegoría, en una búsqueda de la redención y de raíces nacionales.

Alcanza grandeza trágica al consumirse por el fuego, al final de la novela. Pasado y presente se mezclan y se determinan. El pasado trágico de la patria se proyecta desde la «épica marcha del ejército de Lavalle» que irrumpe en la vida de Martín, para seguir con él en su futuro, como base del país a ser reconstruido. La lección histórica de esa legión derrotada sobrevive después de su desaparición, «siempre hacia el norte», con su general muerto y su galope fantasmal interminable. La patria se construye a través de cada personaje —Bruno, Martín y Fernando, todos representando al creador y sus obsesiones, y la de los distintos destinos que se mezclan.

CAVAR EN EL CORAZON HUMANO

En contraste con el ayer, el hoy se muestra desolador. Parte de la estructuración de la novela descansa sobre un principio heideggeriano: la supervivencia de los valores después de la muerte del individuo.

Bruno sabe de los obstáculos a vencer: «... no se trataba únicamente de eternizar (destinos, acontecimientos), pero de indagar, de cavar en el corazón humano, de examinar las reentrancias más ocultas de nuestra condición».

Fernando, ser demoníaco, con su experiencia consciente del mal, supera la frontera de lo humano: «Algo atroz me sucedió a medida que ascendía por aquel resbaladizo, crecientemente cálido y sofocante túnel; mi cuerpo se iba corvirtiendo en el cuerpo de un pez. Mis extremidades se transformaban repugnantemente en aletas y sentí que mi piel se cubría de duras escamas.»

En las honduras del ser, la lucha agónica por el rescate de las fuerzas irracionales e instintivas, el lado más genuino y revelador, el rescate del mundo en su integridad.

Con excepción de Palermo y del Sur—feudos literarios de Borges—, la ciudad de Buenos Aires aparece en la novela, barrio por barrio, ciudad vituperada pero minuciosamente amada. Maestro en exteriores, Sábato recuerda el viejo parque Lezama, sus hojas secas arrastradas por los primeros vientos del otoño, el crepúsculo y su luz, la sirena de un barco, el gran río color de fango.

Obra onírica, barroca, vibrante y arrebatadora, es verdadera visión apocalíptica de la realidad actual. El *Informe sobre ciegos*, título de la tercera parte, narrado y vivido por Fernando Vidal Olmos, símbolo del hombre contemporáneo, manifiesta la marcha ciega de la humani-

dad, como metáfora de la invisibilidad de lo real absoluto. El sacrificio de la visión significa perderla para adquirir el verdadero saber, «la visión de lo invisible», según Gilbert Durand.

Los fragmentos que integran o desintegran esta novela son como los desechos de ese mundo casi en ruinas. Alternan lo irracional y lo conceptual, como zonas de sombra y de luz, bien delimitadas. En la zona tenebrosa están los sueños, las amenazas de sectas secretas, las exploraciones subterráneas. En la zona clara están los análisis, las explicaciones y las teorías en que el autor intenta apoyarse.

AMPLIA VISION HUMANISTICA

Abaddón el exterminador es la relación del narrador-autor con sus lectores. Título extraído del Apocalipsis (es el sexto ángel del Apocalipsis de San Juan), es un «huracán sombrío y destructor», según María Granata. Aparecen personajes de novelas anteriores, como María (de *El túnel*) y Bruno Bassau (de *Sobre héroes y tumbas*). También figuras reales, como Irène Curie, el alquimista Fulcanelli y los pintores surrealistas Oscar Domínguez y Víctor Brauner. En *Abaddón el exterminador*, Sábato dice a un joven escritor: «Que no sea capaz de escribir sobre cualquier tema es un indicio, no un motivo de desaliento. Las obsesiones tienen sus raíces muy hondas, y cuanto más hondas, menos numerosas ellas son. Y la más profunda de todas es, quizá, la más oscura, pero también la única todopoderosa raíz de las demás, la que reaparece a lo largo de toda la obra de un creador verdadero... Y no debes escribir una línea siquiera que no sea sobre la obsesión que te persigue.»

El personaje loco, Barragán, que en *Sobre héroes y tumbas* predice un castigo y una salvación, en *Abaddón el exterminador* ve un monstruo, un dragón que anuncia sangre y destrucción. El mundo por donde vaga el protagonista, Sábato, se volvió absurdo y contradictorio. Se mezcla con los demás personajes, algunos son sus propios desdoblamientos y aparecen como intentos de comprender, desde otros puntos de vista, la realidad confusa: «No se debe buscar coherencia en el poder diabólico, escribe, pues la coherencia es propia del conocimiento luminoso.»

A través del desespero quiere alcanzar un mundo distinto. Presenta una creencia ciega en las fuerzas del mal o en la noción de que por la ética del mal se alcanza lo ideal.

Sábato condena, en la novela actual, el exceso formalista de modas importadas. Nada de verbalismos ni de retórica. Quiere que el

escritor penetre en el mundo de la vigilia, donde se descubren los mitos y los recuerdos enterrados para revelar los valores profundos de la existencia, volviéndola compleja y trascendente. Considera que la novela ha sido siempre antropocéntrica mientras los filósofos se volvieron hacia el hombre concreto con el existencialismo. Este no es, como muchos suponen, un simple irracionalismo, aunque haya surgido en la lucha que los hombres del siglo pasado han iniciado contra la razón.

La novela de Sábato quiere llevar al conocimiento entendido a la manera de Platón: progreso intrínseco procesado en el individuo y no en el sentido comtiano: lo que somos, cuál es nuestro destino personal. Con esto pretende conseguir en el lector el desarrollo que se derivará de ese conocimiento de sí mismo ¿Qué hombre es éste por el cual se interesan Sábato y la filosofía actual? Es el de Pascal, concreto, lanzado al universo en su grandeza y en su miseria.

Sábato ha sido alumno de la hija de Madame Curie y profesor de Física Nuclear. Disciplinado en la matemática, de ella sorbió el rigor y la precisión, aunque no crea que hayan tenido alguna influencia en su literatura barroca, donde hay predominio de la fantasía sobre la razón y con una profunda intuición de la vertiente surrealista: «Una novela no se escribe con la cabeza, sino con pasión, con el subconsciente, todo el organismo.» Quizá escriba ensayos para contrarrestar esa parte intuitiva de su temperamento y para determinar su modo coherente de argumentar. Sus ensayos también evidencian, en la exposición dialéctica, su formación científica. Así como escribió *Sobre los dos Borges*, podríamos escribir «Sobre los dos Sábatos»: el «causeur» excelente (que conocemos y con quien platicamos), cuya pasión por la frase brillante y el impacto de meditada argumentación no lo impiden de interesarse por el «hombre que vive en este confuso universo heracliteano, no el fantasma que habita en el cielo platónico».

En esta hora de nuevos posicionamientos y de definiciones, Ernesto Sábato, con su lúcida indagación y su humanismo de amplia visión, viene desempeñando un papel importante en la conceptualización de las verdades de las cuales se habla tanto. Como testigo de su tiempo y a través del examen de la condición humana, transmite una metafísica de la esperanza, para despertar al hombre en su marcha.

BELLA JOZEF

Rua Buarque de Macedo 27/601
22.221 Río de Janeiro
BRASIL